



BIBLIOTECA

CT 3210

C3.

V-8

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquineto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA PÚBLICA  
FAUSTINO LEÓN

## LA VIRGEN MARÍA

I

Las varias imágenes, ó si queréis, sombras, presentadas en esta galería, indican bien claramente la necesidad que iba sintiendo el espíritu humano de un cambio radical, tanto en su nativa complejión como en las direcciones de su movimiento y en el objeto de su vida. Las mujeres, que reinaban sobre la tierra en aquella sazón, casi nacían para demostrar solamente cómo se pudriera y envenenara la raíz de toda vida moral. Fulvia, Julia, Mesalina, indicaban á las claras que hasta los primordiales afectos de pudor congénitos al sexo tierno y dulce habíanse menguado en ellas al punto de tornarse un verdadero impudor animal. Cleopatra, en su desvarío por la reacción asiática, desde los templos egipcios compuso toda suerte de filtros para enervar á Roma y rehacer el Dios Naturaliza. La sensualidad más grosera se apoderaba en



tal sazón de todo el Universo. Y así como el alma republicana de Bruto no impidió el avasallador cesarismo, el alma estoica de Porcia no cortó la gangrena moral. Toda la metafísica griega iba resolviéndose poco á poco en triste y desolador positivismo. Toda la moral se refugiaba en los jardines del voluptuoso Epicuro. La escuela estoica no sabía oponer á semejante daño ningún otro remedio que su fría indiferencia. Necesitaba, pues, el espíritu humano, á toda prisa, profunda renovación. Y en esta necesidad se volvía doquier pudiera satisfacerla. El mundo romano fructificó por aquel tiempo, abriendo el seno de los pueblos á la unidad. El sistema de ideas y hechos, que podríamos llamar latinismo, completaba del todo al sistema de ideas y hechos que podríamos llamar helenismo. El uno, éste, resultaba la unidad en la ciencia y arte; el otro, aquél, resultaba la unidad en el derecho y en la política. Pero, como dice Hegel con su nativa profundidad, tiende á la trilogía el entendimiento humano. Y el judaísmo completaba con la unidad en Dios la unidad en el derecho y la unidad en el arte. Había por aquel tiempo tres ciudades, quienes formaban los términos de humana trinidad. Eran éstas Roma con sus jurisconsultos, Alejandría con sus sabios, Jerusalén con sus profetas. Y tal trilogía se había reunido bajo un solo imperio,

como para formar un solo espíritu. Hasta entonces, hasta el advenimiento de Cristo, hallábanse como separadas y divididas las tres ilustres ciudades. Hechos que, mirados á la ligera, parecen puras casualidades, y, mirados profundamente, series de un sistema providencial, habían reunido, siquier fuera por la conquista y por la fuerza, en foco de luz, los tres rayos componentes del éter de nuestro humano espíritu. Lo cierto es que Jerusalén volcaba sus ideas en Alejandría, y Alejandría volcaba sus ideas en Roma, y Roma sentíase como poseída y embargada por un misterioso presentimiento de trabajar y elaborar con los guerreros y con los conquistadores suyos, no en su pro, no, en pro de una idea, por ella misteriosamente presentida en el corazón que no aclaraba bien su alta y sintética inteligencia.

El pueblo judío, cuyo espíritu iba levantándose á medida que se conocían fuera sus libros y su templo, no solamente guardaba la idea de Dios, guardaba otro ideal no menos concordante con la cultura de aquel tiempo y no menos correspondiente con las necesidades en aquella sazón experimentadas y sentidas. Este otro ideal se componía de una serie luminosa, en la cual iban guardadas múltiples, benditas, consoladoras esperanzas. A su conjunto le llamaremos con el nombre de me-



sianismo, cual hemos llamado latinismo al conjunto de las ideas romanas, helenismo al conjunto de las ideas griegas, judaísmo al conjunto de las ideas judías. El mesianismo se distingue de los tres mencionados sistemas en que representa, no ya suma de creencias, no, suma de sentimientos y de afectos. La idea de un prometido, y esperado, y redentor, y Mesías, es una idea esencialmente semítica. Estos pueblos del desierto no pierden la esperanza nunca, y tras aquel cielo de colores deslumbrantes y espléndidos adivinaban á la continua un Dios pródigo que aplaca la sed infinita de sus labios con rocío de bendiciones y esperanzas. A mayor abudamiento el pueblo semita, componente de la gran familia judía, después de haber estado en el cautiverio egipcio, encontró guías cual Moisés, y después de haber estado en cautiverios como el babilonio y el ninivita, profetas de suyo tan videntes y tan adivinadores como Esdras y como Daniel. Colgando, pueblos cantores, las arpas de los melancólicos sauces á orillas de río extranjero, un viento celestial pulsaba sus calladas cuerdas y extraía de la vibración suya misteriosa divinas esperanzas. El mesianismo, natural, como el profetismo, á la gran familia semítica, se recrudeció en los calabozos de Babilonia bajo los árboles del Éufrates. Todos los profetas, aun aquellos que parecían más amargados por

una desesperación profunda é infinita, así que lloraban las desgracias patrias, el velo rasgado, el templo destruído, las piedras del santuario dispersas, los hijos de Israel llevados por dolorosas vías con las manos atadas al cautiverio, Jerusalén de luto y viuda, convirtiendo á lo porvenir la mirada y clavándola en lo infinito, anunciaban una edad en que las colinas habrían de saltar como cabritillos y los desiertos habrían de florecer como jardines y el Dios de sus gentes aplacarse como desagraviado por innumerables holocaustos, á causa de un redentor venido á traer la paz y á levantar el pueblo. Lo cierto es que, reclusos los israelitas, cual cadáveres, en calabozos á sepulturas parecidos, anunciaban el destronamiento de los déspotas, el desastre de los guerreros, el fin de los ídolos; y cual si llevara un rayo fulminante su palabra, todo lo por ellos anunciado como próximo á caer, caía y se precipitaba en los insondables abismos.

## II

¡Cuán preparado se hallaba el mundo á recibir la idea judía y el Mesías mismo en esta idea contenido! Las almas grandes protestaban contra el despotismo; pero ¡ay! el despotismo venía, en último término, á ser incontrastable fatalidad. Pocos hom-



bres de tanta estatura moral, en aquellos tiempos, como Bruto, como Séneca, como Catón, como Lucano, protestando los unos con sus elevadas acciones, protestando los otros con sus elevados pensamientos y sublimes frases, contra la tiranía vencedora. Pero el esfuerzo de la voluntad humana se había frustrado: el ideal de la ciencia estoica se había extinguido: la razón y la libertad estaban como vacías y agotadas. El derecho regulaba mejor el estado de las familias que no el estado de la sociedad. Ni había ya en la política, ni había ya en la ciencia, refugio alguno adonde recurrir fácilmente. Reproducíanse los imperios asiáticos en la Roma del tribunado y de las grandes Asambleas. Nabucodonosor y Baltasar, dioses y bestias á un mismo tiempo, roncaban, borrachos, ahitos, exhaustos, bajo la figura de los Césares, en la pocilga de los tronos. El Occidente había con esfuerzo increíble agotado todos sus medios en Farsalia, en Filippos, en Munda. Ya no producía la tierra ni filósofos que vertieran una idea, ni oradores que propagaran esta idea en sus reveladoras arengas, ni tribunos capaces de refrenar la tiranía, ni mártires con valor bastante á morir por la libertad y por el derecho. Silencioso el Verbo humano ya no hubo ningun otro remedio que acudir al Verbo divino. Roto el tribunado, precisó crear el mesianis-

mo. Perdida la idea y el esfuerzo de Occidente, vino á llenar tanto vacío la idea y el esfuerzo de Asia. Los profetas pulularon por todas partes. Las ciudades griegas asemejáronse á ciudades asiáticas. Los ídolos gimieron. Temblaron los antiguos altares sobre sus cimientos. Aquí un mago volaba por los aires y creían en aquel vuelo gentes acostumbradas al positivismo romano. Allí un teúrgo, llamado Apolonio Thyaneo, embargaba el ánimo de las muchedumbres con sus augurios quirománticos y con sus profecías mágicas. Más allá los pueblos adoraban de hinojos, tomándolo por su prometido, al primer general manchado de sangre que les anunciaba cualquier victoria. Las viejas sibilas, con sus ojos gastados en escudriñar lo porvenir, despertábanse por las cuevas de Cumas y decían secretos mortales en los oídos de los dioses rientes que flotaban sobre las aguas del Tirreno. Malográbase achacoso enfermizo infante, como aquel hijo de Octavia, sobrino de Augusto, á quien llamaron Marcelo; y la universal superstición, por boca de Virgilio, lo trocaba en algo parecido á un Mesías, y colocaba su nombre, cuasi divino, entre los nombres inmortales, coronándolo con las estrellas del cielo y con algo superior á las estrellas del cielo mismas, con los hexámetros de sus cánticos. Este genio singularísimo de Virgilio apresurábase á re-



construir la religion de Roma para evitar la religion del nuevo espíritu, dañosísima de suyo á la Ciudad Eterna. Y poeta de tal inspiración romana dejábase llevar por el curso impetuoso de las ideas y de los hechos á un desasosiego, en el cual se rompía todo el equilibrio de las fuerzas universales que sustentaban al Imperio y se desconcertaban todas las cadenciosas armonías en que viviera y brillara por siglos de siglos el secular genio clásico.

Así las palabras de los profetas y las palabras de las sibilas uníanse por modo bien extraño en sus versos. La égloga cuarta parece á un tiempo sugerida por Jerusalén y por Cumas. Hay en ella un espíritu sintético muy superior al espíritu de Alejandría. Corre por sus estrofas un verbo idéntico al que resplandece con resplandor misterioso en los versículos del Evangelio de San Juan. El poeta de las grandezas romanas vuelve los ojos á los cielos orientales. Diríase que presente, y como lo presente lo augura, un triunfo del Asia, después de concluído y acabado el poder asiático en la fuga de Accio y en la muerte de Cleopatra. Así aquellos anuncios de un orden regular nuevo, de una florecencia en que los ramilletes del campo huelan más y ostenten más vivos colores, un rocío que todo lo refresque, una miel que todo lo endulce, tetas ubérrimas en las vacas, arroyos de blanca leche como

aquellos de la tierra prometida, el tigre vuelto cordero, sin aguijón las abejas, sin amargor las retamas, el mar sin tormentas, el cielo sin tempestades, la inteligencia sin dudas, el mundo sin mal; en dos palabras, el verdadero mesianismo. ¿Qué habían de hacer espíritus faltos de libertad, actividades lanzadas del foro y del Senado, conciencias mudas, verbos esclavos? Aquello mismo que hicieran los profetas en su cautiverio del Tigris y del Éufrates, apocalipsis de sobrenaturales creencias, poesías y salmos de místicas esperanzas, reverberaciones del pensamiento en lo infinito, clamores al cielo, plegarias y oraciones á un Dios nuevo, capaz de concluir por un milagro con la irremediable servidumbre. Así todas las antiguas creencias paganas iban muriéndose poco á poco. En Atenas las gentes no acudían al templo antiguo de la hermosa Delfos ni á los misterios de la maternal Eleúsis, acudían al templo del Dios desconocido, buscando alguien que les descifrase un enigma tan pavoroso cual aquel encerrado en sus siniestros presentimientos, que sólo acertaban á producir elegías. No es mucho, pues, no es mucho que los desiertos, en tal estado, así de los espíritus como de los ánimos, pobláranse á una con ascetas y con penitentes. Las ruinas de Tebas en los arenales líbicos ofrecían refugio á los leones y á los solitarios. El esenio, que





poblaba con sus sectarios las costas de Asia Menor, aparecía como una sombra de todas estas creencias, las cuales, llamadas por muchos romanos, en la soberbia suya, supersticiones, constituían algo así como la nueva base intelectual y moral aparejada y apercibida para las futuras sociedades. No era mucho, pues, en estas extraordinarias é increíbles circunstancias, el sucedido, que nos refiere Plutarco, así del estruendo armado por los dioses del paganismo en los primeros estertores de Antonio, dejando Alejandría, como la voz elegíaca oída por el piloto griego Thamo, á quien dijera los mares de la magna Grecia, los cabos Miseno y Minerva, las islas y escollos de Circe, las nereidas y las sirenas, en estrellada noche, cuando las aguas parecían como un cielo sembrado de vías lácteas por las fosforescencias de sus estelas, cómo el dios Pan había muerto, y con el dios Pan todas las divinidades á una de la naturaleza, quienes rompían su tirso de oro, rasgaban su túnica de lino, perdían su corona de verbenas, como si alguna maldición les cayera encima y las precipitara en los abismos. El humano espíritu no podía, no, atenerse á una religión extinta, y á unos dioses caídos, y á un sacerdocio muerto y á un ideal apagado. Sus ojos se volvieron hacia lo porvenir y adivinaron por fuerza y por necesidad el mesianismo.

## III

Si tal estado no se conoce, bien imposible de toda imposibilidad explicar, ni la venida del Mesías, ni la venida del precursor. Para comprender bien á Cristo y á la persona de Cristo, hay antes que comprender bien á San Juan y á la persona de San Juan. El Bautista representa un tal ministerio en la religión cristiana, que su natividad se corresponde con la natividad misma de nuestro Salvador. Acaece por un solsticio ésta y aquélla por otro solsticio. El día de Cristo es el día más corto del año y el día de San Juan es el día más largo del año. El 24 de Junio celebra la Iglesia con regocijo el advenimiento del Bautista y el 24 de Diciembre celebra la Iglesia con regocijo el advenimiento del Salvador. Los pueblos, por su parte, conmemoran ambas fiestas con festejos correspondientes á los meses en que vienen una y otra. La noche del nacimiento de Cristo es noche del hogar, noche de la familia, noche de los niños; y la noche del nacimiento de San Juan es noche de las hogueras al aire libre, de las serenatas amantes, de los augurios matrimoniales, de las novias y novios, del profetismo vulgar. El Bautista prepara y apercibe las vías divinas de Cristo, representando como el alba, como



la esperanza, como el anuncio de lo porvenir, como el crepúsculo matutino de la buena nueva. El espíritu religioso asócialo de antiguo al Redentor. Aquellos pintores del Renacimiento, que asistían á una pascua de la naturaleza y de la humanidad, invocaron la figura de San Juan en sus luminosos talleres. Pintólo Rafael sentado en una roca bruñida por el sol, desnudo como un efebo helénico, de proporciones parecidas á las estatuarias proporciones en lo antiguo, con algo de las matemáticas de Fidias en su armoniosa estatura, esférica la cabeza, espaciosa la frente, vibradores los labios, luminosísimos los ojos, el dedo índice levantado á los cielos, despidiendo por todos sus poros el regocijo de la esperanza. Nuestros pintores, mucho más católicos y mucho más místicos que los pintores del Renacimiento, han trazado á San Juan de otra suerte, pero asociándolo á la persona de Cristo. En la hispana liturgia el niño de la pasión tiene un lugar, apenas conocido en otras liturgias menos severas y ortodoxas. Este niño de la pasión lleva ya su corona de zarzas, sus lágrimas de sangre, la soga en los riñones, la cruz en los hombros, las llagas en las manos y en los pies, como señales impresas en su breve cuerpo y en todo su sér por los presentimientos de la pasión y muerte que le aguardan. Murillo ha pintado estas afecciones, que se dirían privativas

del Niño Dios en la persona del niño Bautista. No hablamos del sonriente que, á la orilla de un arroyo, comparte con Jesús las aguas clarísimas escanciadas en el nácar de una concha, no; hablamos de aquel solitario, sentado en las piedras del camino, con su blanco y gordo borrego delante, la mano sobre su pecho y los ojos fijos en dolorosas contemplaciones de un visible sacrificio. Pero ¿qué decimos de Murillo? El pintor monástico por excelencia en la tierra es el inmortal Zurbarán; y serálo siempre, porque difícilmente, muy difícilmente, podrá el corazón humano sentir de nuevo los afectos por él sentidos en su tiempo. Y Zurbarán ha pintado el Bautista, poseído por la tristeza de los mismos presentimientos que atosigan á su hermoso Niño Dios, quien aparece acostado sobre su negra cruz, la cual, á su vez, reposa tristemente sobre zarzas y abrojos. El profetismo semita, las ideas mesiánicas judías, el asceta egipcio, el esenio y el ebionita sirios, el penitente de la Tebaida, el teúrgo griego de aquellos días, explican la vida y la persona de San Juan en toda su ingenua verdad. Desnudos los pies y desnuda la cabeza, mal envuelto en una piel de cordero, fidelísimo á las abluciones litúrgicas, apartado y muy lejos de la sociedad y de la familia, sin más alimento que las hierbas del campo como las aves del cielo, sin más bebida que la es-



canciada por sus manos en las riberas del Jordán, sin más casa que las cavernas del desierto, vertiendo en su desnudez y en su miseria vivificadoras esperanzas, anunciando con su palabra de fuego la buena nueva; errante y nómada, cual aquellos pastores que traían la idea reveladora de los campos caldeos, personifica San Juan, en personificación brillantísima, su tiempo henchido de santas esperanzas y su generación de todo en todo mesianista. El Evangelio de San Lucas narra mejor que ningún otro Evangelio, con más extensión y con mayor seguridad, la historia del Bautista. ¡Cómo se conoce que aquella su narración está por completo á la sombra del templo judío trazada! La sinagoga inspiró su relato. Los caracteres todos sin excepción de los héroes israelitas reproducense y avívanse á una en la persona del precursor. Como Isaac, y como Sansón, y como Samuel, y como tantos otros de los grandes personajes hebreos, tócale nacer á San Juan Bautista de madre muy vieja, incapacitada por la edad para la generación, pero capacitada por el milagro. Cuando se le anuncia que suena la hora de tener un hijo, aquella mujer, denominada, como la esposa de Aarón, Isabel, no quiere creerlo. Mas para verdaderamente representar la tradición y la liturgia del judaísmo, necesitase que su padre tenga los años de Abraham, y su madre los

años de Sara, y su familia todos los caracteres conocidos en la familia de Isaac y de Jacob. Debe pertenecer por su nacimiento y por su estirpe al antiguo judaísmo ese precursor de la nueva idea.

## IV

El Evangelio pone un grandísimo empeño en presentar los personajes primeros ó protagonistas de las escenas por él historiadadas en las mismas condiciones que los grandes personajes de la Biblia. El Nuevo Testamento completa en esto, como en otras muchas cosas, al Viejo Testamento. Parecen de rúbrica padres muy viejos para hombres muy grandes. Lo tardío de un fruto, desprendido lentamente de robusta encina, préstale sazón anticipada y madurez, que se burlan de todas cuantas deficiencias aquejan á la niñez humana y á la misma juventud. Consideran los santos autores bíblicos y evangélicos indispensable á los héroes, á los mártires, á los profetas, á los reveladores, una vida exenta de manchas, y por lo mismo libre de la debilidad á toda infancia congénita y de la pasión que acompaña y sigue á toda juventud. El más antiguo de los nacidos tarde se llama Isaac. Su historia trasciende á toda la historia de Juan. Los orígenes del Bautista se calcan sobre los orígenes